



# Cuento

*Primer lugar*

LOS AMANTES DE JULIETA

Naief Yehya Abolhosen\*

**J**ulieta había hecho desfilar por su cama a un número considerable de gente. Todo el mundo lo sabía salvo Ramón, su novio. Pero como suele pasar en este tipo de asuntos, Ramón se enteró. En una reunión, Felipe tuvo el cinismo de elogiar el pubis rasurado de Julieta mientras charlaba con Ramón acerca del punk y su influencia en la moda y el gusto de los ochenta. Felipe perdió dos dientes y recibió una botella de ron en la sien como premio a su descripción. Más que por los gritos de Ramón y el jaleo de la pelea yo estaba sorprendido por la decisión de Julieta de quitarse su atractiva mata de vellos que parecía trazada con regla. No era la primera decisión estúpida de Julieta, de hecho acostarse con un tarado bocón como Felipe era mucho peor.

Tratamos de calmar a Ramón cuando acabó de golpear a Felipe mas fue inútil. Yo preferí esperar a que se le pasara, pero en lugar de eso, se puso a patear sillas y a aventar objetos. Fue un zapato que salió volando lo que rompió el cua-

\* Facultad de Ingeniería, UNAM.

dro de Chucho Reyes, orgullo de Gerardo, el dueño de la casa. Cuando al fin decidieron utilizar la fuerza para tranquilizar a Ramón, ya no quedaban muchas cosas enteras en la sala. Estábamos muy ebrios. Entre cinco pateaban al novio engañado.

Yo cambié el disco, hacía rato estaba harto de oír a los *Doors* pero Gerardo no me dejaba acercarme a su estéreo. Puse a los *Sex pistols*, me pareció más adecuado. A un lado de Felipe yacían los restos de la última botella sobre un charco de sangre y ron que se evaporaba inexorablemente. Miré mi vaso vacío y grité:

—Ramón, pendejo, ¿por qué no te fijas en lo que haces?

Pero Ramón ya no me oyó.

Aquella reunión en casa de Gerardo no fue recordada con alegría por nadie. Felipe no desaprovechaba una oportunidad para hablar de los diecisiete puntos que le habían puesto en la sien, y que tenía una fisura en el cráneo, y lo mucho que había costado el dentista y los encefalogramas, y que de milagro no le había pasado nada más grave. Gerardo llamó a todos los restauradores de arte de la ciudad y no encontró quien reparara el cuadro de Chucho Reyes. Un día que estaba en Chapultepec decidí comprarle un poster del Museo de Arte Moderno para que llenara el hueco, no apreció mi regalo y me mandó a la mierda.

Había olvidado completamente la causa de la batalla de casa de Gerardo hasta que unos días después en la cama de Julieta descubrí su pubis lampiño. Me dio la impresión de hacerle el amor a una niña. Quise ser padre por un momento. Con una hija como Julieta el incesto sería una necesidad.

Mientras me vestía no pude dejar de sentirme incómodo. Después de todo, Ramón era mi amigo. Y digo era, porque al día siguiente no sé cómo se enteró que había pasado la noche en casa de Julieta, y vino a amenazarme de muerte. Pensaba decirselo yo mismo, pero las confesiones me parecen cosa de quinceañeras. "Además, si todos los amantes de Julieta fueran a confesarse con Ramón habría largas colas", pensé.

Ramón le armaba escándalos apocalípticos a Julieta.

Por la manera en que la llegó a golpear en alguna ocasión creí que se trataba de un asunto sadomasoquista. Ramón la asediaba, la seguía. Trataba de convencerla de volver con él. Decía que le perdonaría todo. Pero Julieta no quería saber nada. Llegó a poner como condición para acostarse con ella ir a romperle la madre a Ramón. No faltó quién lo hiciera gustoso a cambio de meterse entre sus piernas y su coño pelado. Yo me negué, me pareció una vileza permitirle especular con mi sexualidad. No acepté el chantaje pero a cambio la violé. Comprobé que su tendencia sadomasoquista no era producto de mi imaginación cuando al terminar me pidió que pasara la noche con ella. Preferí regresar a casa a curarme los golpes y rasguños. Durante una semana tuve dolor al orinar.

En una fiesta encontré a Ramón tan golpeado que me costó reconocerlo. Aún me guardaba resentimientos pero después de las consecutivas golpizas recibidas por parte de los amantes de Julieta lo mío le parecía poca cosa y casi me había perdonado. Platicamos evitando mencionar a Julieta aunque ambos

sabíamos que estaba en el piso de arriba metida en la cama con alguno y yo esperaba mi turno para subir. De pronto se puso insoportablemente melodramático y empezó a llorar y a decirme que-la-quería-y-que-la-amaba. Y yo le respondía que-sí-que-cómo-no-pero-que-no-era-para-tanto. Así estuvimos un rato en el forcejeo verbal hasta que me cansé de oír y repetir idioteces y lo dejé solo, llorándole a su vaso de ginebra. Entre las necedades que dijo, mencionó que se suicidaría si Julieta no regresaba. Deseando que me dejara en paz, le recomendé usar una pistola de buen calibre para no fallar.

Poco tiempo después, un cuate me dijo que Ramón andaba muy mal y que teníamos que ayudarlo. Como nunca he tenido espíritu de redentor ni de enfermera lo mandé a la chingada.

—Me vale madres. Que haga de su vida lo que quiera —respondí.

—Tendrías que verlo, pasa el tiempo borracho viendo películas pornográficas en su videocasetera.

Agregó que se entregaba sin reservas al onanismo.

—¿Y qué tiene de malo la autosatisfacción? —pregunté—. La masturbación es el camino a la pureza ya que trasciende a la mujer que es el origen de todos los males.

—Está hecho una mierda —respondió.

No lo convencí pero tampoco me interesaba. Le pregunté si tenía idea de dónde había conseguido los videos. Me miró como se mira a un vil misógino frustrado y se marchó.

Otro día encontré a Ramón en el Centro y lo invité a una cantina esperando que me pagara algunas cervezas. Había tenido un día terrible

tratando de vender unos relatos y algunos artículos. Vi a varios editores pero todos coincidían en que la pornografía estaba rebasada y no querían publicar nada mío.

Yo no consideraba mis textos pornográficos pero ellos no podían entender que hablar de culos dejó de ser obsceno hace mucho, y que en una época de continuo bombardeo sexual a través de los medios de comunicación no había nada más inocente que describir detalladamente un coito.

Ramón hablaba sin parar. Yo pedía cervezas confiado. Discretamente escribía los sinónimos más convenientes para mi próxima narración en la cual incluiría a Ramón y a Julieta como personajes. Fingía escuchar mientras me preguntaba qué sería mejor: picha, verga, polla o pija. Tomando en cuenta que esperaba que mis escritos fueran comprensibles tanto en México como en España o Paraguay la elección me parecía importante. Yo en esa época aún creía tener algo que decir. Coño o pucha o chocho o ...

Detuve mis tribulaciones al escuchar la palabra siquiatra de la boca de Ramón. Me dijo que había decidido buscar ayuda profesional. Por supuesto que se encontraba mucho peor que en su etapa masturbatoria. Ahora tenía un nuevo vocabulario oscuro, pedante e inútil para denominar y tipificar sus viejos trastornos. Estaba satisfecho con su tratamiento, decía que la terapia le había salvado del suicidio. Volví a recomendarle un arma de buen calibre y me levanté. Él me sugirió buscar ayuda de un especialista. Le dejé la cuenta.

Tiempo después nos encontramos

en casa de un amigo mutuo. Dijo que se había desencantado del sicoanálisis y lo había dejado. En ese entonces Ramón estaba metido en el rollo *Hare Krishna*, había dejado el alcohol, se levantaba a las cinco de la mañana y llevaba una dieta macrobiótica. Ahora sí, había hecho de su vida una porquería.

Julieta también cambió mucho desde la última vez que la visité. La encontré con una chamarra de cuero negra cubierta de estoperoles. En el camino a su cama me explicó que al fin había entendido su sexualidad, había asumido su rol, y según ella, en parte me lo debía. Sólo gozaba por medio de la violencia. Eso quería decir que tendríamos que representar una pequeña ceremonia sadomasoca. Las piernas me temblaban de sólo pensar qué papel me tocaría interpretar. Abrió un cajón donde escondía toda clase de vibradores, arneses e instrumentos de uso inimaginable. Salté sobre ella para evitar que se armara de alguno de esos pertrechos y traté de satisfacer sus deseos a puñetazos. Cuando la penetré ella estaba inconsciente. El cuero que la cubría era mucho más agradable a la vista que al tacto. Terminé, me limpié con las sábanas, de todos modos ya estaban manchadas de sangre.

Julieta no volvió a aceptarme en su cama. Gerardo no pudo reparar su Chucho Reyes. Felipe consiguió un empleo en un banco y yo he tratado de convencer a Ramón que me venda sus películas porno.

### Viñeta

*Segundo lugar*

Mauricio Cervantes

